

20 Cuentos

Selección de relatos

Félix Acosta Fitipaldi

Copyright © 2015 Félix Acosta

All rights reserved.

ISBN-13: 978-1515309925

ISBN-10: 1515309924

INDICE

1	Te esperan en la sala.....	5
2	Nenete.....	8
3	No te será tan fácil.....	11
4	Así en la guerra como en el duelo.....	15
5	Senectud acelerada.....	20
6	Tiempo de escurrirse.....	27
7	Flores en la ventana.....	35
8	Sacrificios conyugales.....	43
9	Tetraedro.....	53
10	¿Mejor vida?.....	63
11	Los fantasmas del altillo.....	74
12	Maten al mensajero.....	86
13	Astrid.....	99
14	Mimético.....	113
15	La horma de su zapato.....	174
16	Apostolado.....	141
17	Informe Cúcaros.....	157
18	Paranoia.....	174
19	El viento y los perros.....	190
20	Te llamo y nos vemos.....	207

TE ESPERAN EN LA SALA

–Llamó Irene –dijo él.

Ella pareció sorprenderse, pero sonrió de inmediato y preguntó: –
¿Qué dice, necesita algo?

–Nada... Hablar contigo. Llamará en otra oportunidad.

–¡Bien! –Exclamó la mujer –Tomaré un baño. Ir al súper me agota.

¿Irene? ¿Qué Irene? ¿Gabriel? Bajo la ducha la mujer recordaba que la única Irene de su existencia era aquella “amiga de toda la vida” que su esposo no conocía... y ella tampoco.

–Irene la de la peluquería –había dicho la primera vez que le mintió –
¿Nunca te hablé de ella? Nos conocemos desde niñas. Se casa pronto y la acompañaré a elegir algunos muebles. Es una pesada. Si no fuera tan buena... ¡Pobre!

Puesta a volar la fábula Irene, tras diversos naufragios amorosos y charlas lacrimógenas en bares céntricos, llegó al matrimonio. Se casaría, pero sólo por civil y en horas de oficina, cuando él no pudiera acompañarlas. A la semana volvió a encontrarse con ella en la peluquería, la luna de miel de la recién casada fue breve y al parecer ansiaba charlar sobre su nueva vida.

Durante la mañana de uno de aquellos días, sin levantar la vista del diario el esposo preguntó:

–¿Cómo le ha ido a tu amiga Irene?

–Es muy dichosa... No hace más que hablar de sus cosas. ¡A veces me resulta egoísta! En fin. Me limito a escucharla. ¿Qué asunto interesante podría yo contarle?

Al parecer “Irene” volvió a llamar días más tarde. Él se lo comentó justo cuando ella estaba por comunicarle que vería a Irene más seguido para ayudarla con el embarazo. Lo había ensayado ante el espejo: –¡Es tan exagerada, parece como si no pudiera valerse por sí misma!

A las primeras dos llamadas siguió otra, dando la casualidad que cuando se daban ella estaba en el baño o haciendo compras en el súper. El tema la tenía sobre ascuas y deseaba hablar con ella para

constatar al menos que existía. No dejaba de preguntarse quién sería esa Irene del teléfono.

También temió que su marido, enterado de la verdad de sus salidas, estuviese jugando con ella antes de tomar una decisión definitiva. Eso le preocupaba, quedaría sola. Prefirió no comentárselo a Gabriel, el tiempo que pasaban juntos se les iba tan rápido que le daba pena perder tiempo en transmitirle su tonta preocupación.

Uno de los mensajes de Irene quedó en el contestador. *¡Existe!* Había una Irene real en alguna parte, y al parecer estaba bastante interesada en ponerla nerviosa. La voz le resultó completamente desconocida. Se puso tan nerviosa que, en su afán por borrar el mensaje antes de que él tuviese oportunidad de oírlo, omitió anotar el número que la tal Irene dejara para “definir una entrevista”. Nunca una amiga emplearía esos términos.

¿Qué pasaría si “Irene” llamaba luego que ella dejara una nota avisando que estaría con ella en el cine? Nunca le había sucedido algo tan insólito, hasta le parecía sentir la adrenalina dispararse bajo sus medias de seda. ¡Sombras justo ahora, cuando está siendo tan feliz!

Como la Irene del teléfono existía comenzaron a darle repentinos escalofríos, pero sólo cuando pensaba en ella. Luego de haberla escuchado era imposible que se tratase de un ardid de su esposo. No lo imaginaba ideando una farsa con una mujer extraña para desenmascararla. Además él era el mismo de siempre, quizás demasiado el mismo de siempre: anodino, predecible, transparente. *El mismo, pero cada vez más insulso.*

Su esposo no cambiaría jamás, en contraste Gabriel le descubría a cada paso algo distinto, nuevo y estimulante. La hacía rejuvenecer, le brindaba una nueva adolescencia. Era improbable que su marido sospechara que su amiga Irene era un impetuoso Gabriel.

En alguna oportunidad ella se arriesgó a sondearlo, rozando el borde del precipicio. Pero él había comentado, con absoluta tranquilidad, que ahora al menos conocía la voz de su amiga. Ni una sombra extraña cruzó por su rostro, se expresó sin exhibir el mínimo gesto fuera de lo habitual, ningún destello de sagacidad, ni un ápice que lo delatara inquisidor o maquiavélico.

Recordó que alguna vez rumió la idea de contratar, ella misma, a una mujer que se hiciera pasar por Irene. La presentaría a su cónyuge para afirmar sus coartadas y santo remedio. Aunque descubrió que idear intrigas también la excitaba, descartó tal posibilidad.

Pensaba que la extraña mujer del teléfono seguiría siendo un cabo suelto insalvable cuando, un viernes a las seis, mientras se disponía a salir hacia el supuesto parto de su amiga, llamaron a la puerta.

Su esposo de siempre, con su cara de siempre, entró al dormitorio y le dijo, en el mismo tono aburrido de siempre: –Tu amiga Irene te espera en la sala. Pero no creo que hoy vaya a dar a luz.

Era la voz habitual, el gesto acostumbrado, la mirada sin brillo de los últimos años, quizás con algo de curiosidad. Para ella sin embargo todo era diferente, el contenido de lo manifestado cobraba dimensiones exorbitantes.

Sintió que se le aflojaban las piernas. No podía comprender lo que ocurría. ¿Podría fingir familiaridad con una extraña de modo tal que él las creyera grandes amigas? Imposible. Intentó en vano fingir una sonrisa y fue allá sin ningún deseo de averiguar de quien se trataba. Adivinó que su esposo le seguía los pasos, pero eso ya casi no tenía trascendencia.

La mujer aguardaba de pie. Era delgada, de gafas, llevaba un vestido suelto que no disimulaba su embarazo y una palidez que le lucía patética. No aguardó a que ella se acercara, desde la distancia y con toda la frialdad del alma le dijo: –Soy Irene, la esposa de Gabriel. ¿Sabe a quién me refiero, verdad?

NENETE

Ella tenía una expresión en el rostro que Nenete jamás había visto. Sus ojos inmensos iban del cuerpo del hombre en el suelo al rostro impassible, inalterable, pétreo de Nenete, y luego al arma que descansaba sobre el linóleo.

Pero esa mañana era el fin, no el comienzo. Tal vez el origen, indefinido y neutro de esa escena, se vino substanciando lentamente y desde tiempo atrás, cuando ellos preludiaron la poquedad de su cariño.

Por la misma época, Nenete había comenzado a notar que los dedos de su mano derecha, que alguna vez solo tuvieron movimientos reflejos, ahora parecían obedecerlo.

Como lo mismo sucedía con su ojo, también derecho, se le ocurrió que quizás podría llegar a comunicarse; un guiño por sí, dos por no. *“No es conveniente Nenete.”*

Vendría el médico más seguido, instructores, gente extraña que lo atosigaría constantemente. *“No Nenete. No podrías demostrar tu fastidio con una mano y un ojo. Pero Nenete podría sentir. Eso sí. No esa angustia que duele en la garganta hasta que sola se aboga cuando ellos pelean. Es grato sentir eso que ocurre en las yemas de los dedos, ese cosquilleo, ese deseo que tienen de moverse.”*

Así que comenzó a ejercitarse cuando estaba solo. Oprimiendo el botón de encendido de la silla de ruedas: avanzar, retroceder, girar. Acudir hasta la mesa del control remoto y cambiar de canal, volver y ver el rostro de sorpresa de ella regresando del baño o la cocina.

Cuando no lo veían movía una y otra vez los dedos y luego apoyaba la mano y se afirmaba intentando levantar el brazo.

Tiempo después podía hacer que su mente levantara el brazo por sí misma y lograr que en su extremo los dedos bailaran. *“Lo liso. Lo espeso. Lo suave. Lo rugoso. Lo frío. La pana del sofá. El voile de la cortina... ¡Siente Nenete! ¿Cómo se sentirá acariciar su cabello?”*

Esa mañana Nenete notó cierto nerviosismo en ella. Parecía pendiente de los sonidos que se generaban más allá de la ventana.

Cuando vino a realizarle el aseo, después que él se fue, lo hizo con la misma ternura de siempre pero en silencio, atenta a cada pequeño ruido de la calle.

Nenete sentía el pasaje húmedo de la esponja y el frotar del paño en su tez derecha. Tuvo su cabello al alcance de su mano hábil y le hubiera agradado palpar esa tersura dorada, mas temía asustarla al descubrirle su secreto.

Todavía no sabía cómo dar a conocer su novel aptitud y dudaba de la conveniencia. *“Ella tan frágil y dulce... Él fuerte, impetuoso... pero indiferente con Nenete. No amigo. Triste.”*

Le decía “tu hijo” cuando se refería a él y lo miraba con frialdad. “Nuestro” afirmaba ella con una resignación que era para él y no para Nenete.

En esas instancias Nenete se ponía nervioso y desgranaba su “ne-ne-ne”, gutural y grotesco, que los hacía callar y encerrarse a discutir.

Luego de vestir su uniforme azul él había salido llevando una prisa inusual, sin terminar por completo de abotonar su chaqueta ni saludarla después de calzar su gorra.

Ella desayunó y dio a Nenete su alimento con la misma paciencia de siempre. Luego sonó el teléfono y su rostro se iluminó. Aumentó el sonido del televisor y atendió hablando en tono muy bajo. Más tarde busco el canal de dibujos. *“Nenete no quiere dibujos. Ya no es un chico.”*

A Nenete no le extrañó el sonido de un coche al detenerse ni su bocina, pero ella se puso de pié inmediatamente y tras ver por la ventana tomó su abrigo y salió.

Demoró mucho, jamás lo hacía sin comentarle donde iba ni cuanto se tardaría. Tampoco él solía llegar tan temprano y quedarse simplemente sentado, sin hacer nada.

Antes, a veces, al quitarse la gorra se la ponía a Nenete y sonreía, pero ahora hacía mucho que no lo hacía. Esta vez al ver que ella no estaba la tiró con furia sobre el sofá. También se quitó el cinturón con el arma y la dejó sobre la mesa.

Nenete no podía ladear la cabeza pero por el rabillo del ojo observaba aquel objeto oscuro. Sabía muy bien qué era y para qué

servía. Lo había visto en las películas que ellos a veces veían con agrado cuando se olvidaban de él.

Ella demoraba mucho y él estaba ante la ventana esperando cuando Nenete sintió el arribo de un automóvil.

Notó que los ojos de él pasaron de la ventana a la puerta y allí se quedaron hasta que ella entró.

Lo primero que la mujer hizo fue mirar a Nenete y sonreírle con ternura, hasta que al girar la vista vio al hombre. Su semblante cambió instantáneamente.

Él se abalanzó hacia ella y comenzó a zamarrearla. Mientras le gritaba preguntas relacionadas con dónde había estado la llamaba perra. La hizo caer al suelo y le aplicó un tremendo puntapié.

Nenete comenzó con su “ne-ne-ne-ne” más desesperado que nunca, obteniendo menos atención que siempre. Su mano se movía inquieta sobre la silla, que se deslizó algo más de un metro con un silbido mecánico.

El hombre continuaba pateando e insultando a la mujer, quién sólo atinaba a llorar procurando protegerse la cabeza con sus brazos menudos.

La torpe mano de Nenete se encontró portando el arma y como cobrando vida propia, independiente de sus ojos que miraban horrorizados a la mujer, disparó sobre el hombre. El arma saltó de su mano y le dio cerca del ojo. El dolor lo aturdió, era algo nuevo: ¡Siente Nenete!

Ella tenía una expresión en el rostro que Nenete jamás había visto. Los ojos inmensos iban del cuerpo del hombre en el suelo al rostro impasible, inalterable, pétreo de Nenete, y luego al arma que descansaba sobre el linóleo.

Estuvieron mucho tiempo así. Descubriendo, encontrando, tal vez despidiéndose. Antes de tomar el teléfono ella se acercó llorando a Nenete y lo abrazó. Deslizó suavemente su mano sobre el moretón del rostro de Nenete. Ella estaba muy cerca y así fue que Nenete pudo acariciarle el cabello.

NO TE SERÁ TAN FÁCIL

PREMIO ECQUS del 1er. Concurso de cuentos breves "La relación humano-animal" convocado por el movimiento ECQUS Internacional y el GRUPO ERATO con el auspicio del Diario El País de Montevideo – Setiembre 2001

La parca ingresó buscando un escondite; era pequeña, novicia, y venía de cosechar insectos y animales menudos. De inmediato se interesó en un niño, quien imitando el sonido de una motocicleta hacía rodar su triciclo de aquí para allá.

El chico detuvo de pronto sus carreras: algo lo había alarmado. El ámbito cotidiano sin embargo, parecía normal, armónico. Observó a su madre en la cocina y luego, siguiendo movimientos invisibles, desvió su vista hacia el enchufe, esa cosa circular y negra que alguien había colocado en la pared.

Allí se había escabullido la parca sigilosa para aguardar su próxima víctima. El niño volvió a rodar el triciclo y cada vez que pasaba ante el enchufe se sentía observado. El trifásico tenía como dos ojos y una boca, esa boca decía “huy” y el conjunto semejaba un rostro asombrado y triste.

Una gata, ovillada sobre un sofá parecía dormitar. También ella miró hacia el enchufe con sus ojos de ver más allá y de pronto se erizó su pelaje. Moviendo apenas la cabeza hizo una mueca de desprecio, encogió la nariz y mostrando los dientes emitió un sonido de fastidio. De seguro dijo algo, pero nadie se percató.

En la sala el padre del niño arreglaba una lámpara vieja que pensaba llevar a la casa de la playa. En la oscuridad del enchufe los ojos de la pequeña parca brillaron un instante, luego, perseverante en intentar su desarrollo, afloró de su guarida y como brisa rozó el rostro del hombre, que sin ver nada miraba hacia la ventana, las nubes más allá, o el propio cielo azul. Algo incomodó al hombre, que se puso de pie y tomando la lámpara cerró la ventana. Luego salió hacia el coche dejando olvidados sobre la mesita restos de un rollo de cable.

El niño no veía a la parca revoloteando, su vista iba del enchufe al cable. Volvió a pasar pedaleando vertiginoso junto a la mesa sin dejar de observar el cable. La parca dio una vuelta por la cocina, inquietando a la madre que por un momento perdió noción de lo que

hacía. Después de eso la paciente parca volvió al enchufe. La gata saltó al piso y fue a la cocina, a detenerse con el lomo arqueado entre las piernas de la madre. La mujer se importunó sin motivo y caminó unos pasos tratando de ubicar al niño.

—¿Tienes hambre? —preguntó— Ya vamos a cenar. ¡Y a dormir temprano que mañana nos vamos a la playa! ¿Te parece bien?

El niño afirmó con la cabeza y desviando su mirada hacia el trifásico aceleró su vehículo hacia él, por el corredor, rumbo a su cuarto.

Sabido es que la parca no duerme y esa noche, laboriosa y ufana, se llevó un ratón suculento y varios insectos que encontró inadvertidos. Todavía no era muy fuerte y evitó el deseo de detener el corazón del hombre exigido por el amor, no quería anotarse un fiasco, en el mundo no hay cosa que fastidie tanto a la parca como el fracaso. Sobre todo a ella, retoño de grandes parcas bélicas. Por eso prefería aguardar y crecer sobre seguro: tenía un prestigio ancestral que defender. Así que se mantuvo en el trifásico, acechando la presa elegida con toda la paciencia de la muerte.

La gata anduvo en la noche en sus quehaceres de gata y colaboró sin saberlo con la parca engullendo al ratón. Cerca del amanecer entró a la casa por la banderola del baño y se detuvo a ver al niño dormido. Desde el enchufe la parca le susurraba: —¡Vamos, súbete a la cama y bébete su aliento!

Los ojos de la gata refulgieron en la penumbra cuando saltó sobre la cama. Aunque en el jardín la brisa sacudió las flores del cantero las cortinas de la habitación del niño tremolaron sin aire. En las paredes del cuarto las sombras del hibisco comenzaban a insinuarse cual oscuros y esqueléticos dedos.

—¡Vamos, bébete su aliento! —farfullaba la parca en su insistencia. La gata miró hacia el corredor en dirección al enchufe y emitiendo un sonido de arrogancia semejante a un silbido de efes se arremolinó a los pies del niño. Antes de quedar dormida portaba un aire de satisfacción que expresaba claramente que a esa parca no le sería sencilla su faena. Y de ese modo lo interpretó la disgustada parca, manifestándolo en la soledad del enchufe con un berrinche propio de su edad que a punto estuvo de causar un cortocircuito.

Por la mañana los padres amanecieron apurados. Imprimían al ajeteo del domingo inusual ansiedad. El aire estaba cálido y prometía una buena semana de playa. La madre levantó al niño y esta vez no se molestó al ver a la gata dormida a sus pies: tenía cosas más importantes que hacer.

El padre sacó el auto y comenzó a cargar los bultos al mismo tiempo que la madre preparaba la bolsa de mano con alguna merienda para el camino. El padre preguntó al niño si llevaba el triciclo y el niño asintió. Mientras el padre marchaba con el juguete hacia el coche el niño anduvo por allí sin saber qué hacer hasta que vio el cable.

—¡Tómalo! —murmuraba la parca desde el enchufe —¡Tómalo, tómalo! Y tráelo aquí.— Un rayo de sol iluminó los extremos metálicos del cable y un tordo graznó antes de huir desde el alféizar de la ventana.

Muy comedido el niño se dirigió con el cable entre sus manos hacia el enchufe, mirándole los ojos. Le molestaban esos ojos. ¿Qué tenían detrás? ¿De qué forma misteriosa e invisible fluye la electricidad? Esa corriente... ¿Moja como el agua?

—¡Bien! —exclamó la parca. —¡Buen chico! Ahora pon los extremos en mis ojos... Eso te gustaría. ¿No?

El niño se sentó en el suelo y con no poco esfuerzo pudo introducir ambos extremos del cable en los orificios.

—¡Qué inteligente! —sonreía la parca desde la boca del rostro del enchufe. —¡Ahora toma la otra punta del cable y terminamos! ¡Allá, el otro extremo!

Desde fuera llegó el sonido que cerraba el baúl del coche y la voz del padre diciendo:

—¿Todo listo? —Y la voz de la madre contestando: —Casi.

—Casi. —decía la parca frotando sus crecientes manos huesudas —¡Ya verás qué agradables cosquillas!

En tanto el niño se erguía y con una mano elevada en el aire iniciaba su andar hacia el otro extremo del cable que serpenteaba sobre el monolítico.

Pronto estuvo allí, y a centímetros estaba de cumplir su cometido, cuando el vertiginoso salto de la gata sobre las puntas libres del cable sorprendió al niño, quien cayó sentado por la impresión que le produjo observar al felino electrocutarse.

Segundos después el chico permanecía distante de la acción, sollozaba bajo el consuelo de su madre apenada mientras el padre, levantando el maltrecho cuerpo del animal para llevarlo a la veterinaria, se detenía un instante en dejar unas caricias sobre el pelaje chamuscado.

La gata, exánime pero apenas con una vida menos, mantenía los ojos abiertos dirigidos hacia el enchufe, al que, con doloroso aire de satisfacción, le aseguraba: –No te será tan fácil.